

# EL GABINETE DE LOS ECOS

*Una novela de Yohan Daza*



---

## Capítulo 1: El periodista

Santiago de Chile, invierno de 1978.

Bajé del autobús a paso rápido; mi corazón latía más fuerte que el ruido del tráfico.

Miré hacia atrás: el auto negro se detuvo y vi a los hombres de la CNI bajar, trajes oscuros, lentes que no dejaban ver los ojos.

Me están siguiendo. Ya lo saben todo.

Apreté el maletín contra el pecho y casi eché a correr por la vereda, mis pasos sonando más fuerte de lo que debía.

Abrí el gran portón de la antigua casona en un barrio acomodado de Santiago; las manos me temblaban tanto que casi no pude cerrarlo.

Entré de golpe.

Matilde, sentada en la mesa del comedor, hacía sus tareas del colegio, rodeada de cuadernos.

—¡Están aquí! —dije, sin aliento.

—¿Quiénes? —preguntó, levantando la vista.

—Los del gobierno. Tengo que esconder estos documentos y tú tienes que irte ahora mismo.

—¿Irme dónde?

—A la casa de tu tío. Te quedas a dormir allá. Mañana te llamo, si las cosas están tranquilas.

Matilde miró el maletín.

—¿Y los documentos? ¿Dónde los vas a esconder?

—En el gabinete. Si vuelves y yo no estoy, ya sabes cómo sacarlos. No abras ningún cajón equivocado.

—Papá, ven conmigo —susurró, acercándose—. Podemos salir por la parte de atrás...

Negó con la cabeza.

—No. Ya me vieron. En cualquier momento van a entrar.

—Entonces ven —insistió, tirando de mi chaqueta—. Saltamos a la casa del vecino y escapamos por atrás.

No alcanzó a terminar la frase.

El portón se abrió de golpe, un estruendo metálico que atravesó toda la casa, y la puerta principal fue pateada hacia adentro.

Los hombres entraron como una ola negra.

El reportero se quedó en silencio. No respondió a ninguna pregunta.

Registraron cada habitación, levantaron pisos, rompieron cuadros, destrozaron muebles.

También revisaron el gabinete, tirando de sus cajones uno por uno, pero estaba vacío.

Los documentos, sin embargo, seguían allí, en algún lugar entre la madera y el silencio.

## Capítulo 2: El guardián

Enrique era un reportero español, hijo de padre alemán y madre española. Sus padres habían emigrado a Chile a comienzos de la década de 1950, escapando de las sombras largas del franquismo que asfixiaban a media Europa.

Con ellos viajó un mueble extraño: un antiguo gabinete del siglo XIX que su padre describía como peligroso antes que mágico, un objeto hecho para guardar cosas que no debían ser encontradas por gobiernos opresores, sino por aquellas personas capaces de llevar esos secretos a la luz para el bien de sus países y para cambiar el futuro de la gente.

Desde niño, Enrique había aprendido que su tarea no era solo cuidar el gabinete, sino también los secretos que dormían en sus cajones.

Pero aquella tarde, los hombres de traje y lentes oscuros se lo llevaron, y nadie volvió a saber de él.

El gabinete, en cambio, permaneció en la casona, silencioso, esperando al siguiente par de manos que se atreviera a abrirlo.

## Capítulo 3: La revelación

Esa noche, la casa respiraba distinto. Afuera, el país seguía atrapado bajo la dictadura de Pinochet, pero adentro el miedo tenía el rostro de la CNI y de una puerta recién derribada. Todo estaba revuelto: cajones en el suelo, papeles rotos, sillas de lado, como si el allanamiento siguiera ocurriendo en un eco que no terminaba.

Matilde miraba el desastre sabiendo exactamente lo que significaban esos trajes oscuros que su padre había mencionado: la CNI —la policía secreta de la dictadura— que hacía desaparecer a periodistas, estudiantes, cualquiera que levantara la voz contra Pinochet. Sus manos comenzaron a temblar al darse cuenta de que esa fuerza oscura, encarnada en los hombres de lentes negros, podía silenciar a su padre para siempre.

El silencio pesaba más que los golpes de hace unas horas.

Matilde se acercó al gabinete despacio, con los ojos aún húmedos. La silueta de su tío Federico se recortaba en la puerta del comedor, inmóvil, mientras la luz pálida de la tarde entraba por la ventana y caía justo sobre la madera oscura del mueble.

Una lágrima le corrió por la mejilla en el mismo instante en que uno de los cajones se abrió solo, con un susurro leve, como si pidiera permiso para ser oído.

Matilde dio un pequeño sobresalto.

—Ese cajón... —susurró—. Ese cajón no estaba ahí antes.

Federico se acercó, extrañado.

—¿Qué dices, Matilde?

Ella se inclinó, estudiando el frente del cajón, la veta de la madera, el tirador.

—Es diferente —dijo—. Como si lo hubieran cambiado por otro. Estoy segura de que este no existía.

Contuvo la respiración y deslizó las manos dentro del cajón, sintiendo el tacto frío del metal y el crujido del papel.

Sus dedos tocaron el borde familiar del maletín doblado, los sobres, las carpetas.

Sacó un fajo de documentos cuidadosamente apilados: los papeles de su padre.

El gabinete permaneció inmóvil, como si no hubiera hecho nada.

Solo la luz, el polvo en suspensión y el silencio parecían saber la verdad.

—¿Será cierto...? —murmuró Federico—. Enrique no mentía.

—¿A qué te refieres, tío? —preguntó Matilde, aún con los documentos en las manos.

Él se pasó la mano por el pelo, como buscando un recuerdo que se le escapaba.

—Yo era mucho más joven que tu padre —dijo—. Pero él me repetía que este gabinete tenía... habilidades extrañas. Nunca quiso llamarlas "mágicas", pero eso parecían. A veces pasaban cosas raras, y yo pensé que solo le gustaba jugar con mi imaginación, que era un cuento para niños.

—¿Qué cosas, tío?

El hombre miró el mueble con una mezcla de respeto y desconfianza.

—La verdad, no estoy seguro. Mis recuerdos son como sombras; están ahí, pero no les veo bien la cara. Muchas cosas de España se me confunden. Solo sé que, cuando nuestro padre usaba el gabinete, a veces sentía que estábamos en otro lugar... como si la casa cambiara sin moverse.

Matilde no entendía del todo lo que su tío intentaba explicar.

Se acercó más al mueble y empezó a curiosear, abriendo cajones uno tras otro.

No podía creer lo que veía: estaban llenos de cartas, objetos antiguos, pequeños cuadernos, fotografías en blanco y negro que jamás había visto en la casa.

Cada cajón parecía guardar una vida distinta.

## Capítulo 4: Colonia Dignidad

Los documentos que su padre había escondido de las fuerzas oscuras eran pruebas y testimonios de lo que estaba ocurriendo en Colonia Dignidad, una colonia alemana enclavada en la precordillera de la Región del Maule, a unos 400 km al sur de Santiago. Su padre había entrevistado a sobrevivientes que habían escapado de sus alambradas, y los papeles detallaban horrores inimaginables: celdas subterráneas donde militares chilenos torturaban a detenidos políticos con electricidad, agua helada y simulacros de fusilamiento; abusos sexuales sistemáticos contra mujeres y niños; experimentos médicos ilegales disfrazados de "tratamientos"; y el uso del lugar como centro de detención clandestino, protegido por la inmunidad diplomática de la colonia y por agentes de la CNI que lo visitaban regularmente.

Matilde recordaba las palabras urgentes de su padre: era crucial llevar esos documentos a la embajada de Suecia. Países neutrales como Suecia, con su tradición de derechos humanos, habían sido clave en recibir denuncias de la dictadura y canalizarlas al mundo.

—Tío, tenemos que sacar este gabinete de aquí —dijo Matilde, mirando nerviosa hacia la ventana rota.

—Podríamos llevarlo a tu casa —sugirió ella.

Federico negó con la cabeza.

—No creo que sea buena idea. Los de la CNI podrían seguirnos hasta allá. Vamos a esperar un par de días para asegurarnos de que no vigilan la casa.

Dos noches después, Federico consiguió una camioneta con ayuda de su amigo Rafael. Se estacionaron a unas cuerdas de la casona de Enrique, esperando en la penumbra. Federico notó un vehículo sospechoso estacionado cerca: oscuro, sin luces, justo donde la luz de la calle no llegaba. No podían ver si había alguien dentro.

—Federico, creo que ya podemos entrar —dijo Rafael tras un par de horas.

—Espera —susurró Federico—. Mira esa luz roja ahí dentro.

Unos minutos después, la ventanilla del auto se abrió apenas. Alguien arrojó un cigarro encendido a la calle, que rodó chispeando sobre el asfalto. El motor rugió bajo y el vehículo se alejó despacio, perdiéndose en la noche.

—Ahora sí —dijo Federico—. Vamos por el gabinete.

Lo cargaron con cuidado entre los dos, envuelto en mantas. Matilde y Clara, la esposa de Rafael, los esperaban en la casa del fundo aislado en el medio del campo, a las afueras de Santiago. Era más seguro quedarse con ellos: no tenían ficha política, no eran vistos como sospechosos ni sublevados por el régimen.

En ese rincón olvidado, el gabinete podía esperar —y los documentos, tal vez, encontrar su camino al exterior.

## Capítulo 5: El primer eco

Los días se convirtieron en semanas eternas, y de Enrique no se sabía nada. Matilde, consumida por la desesperación, apretaba en su bolsillo una fotografía de su padre —un talismán de papel donde su sonrisa parecía prometer que aún respiraba en algún lugar del mundo.

—Tío Federico, tenemos que ir a los carabineros —le suplicó una mañana, con la voz quebrada—. Hay que reportarlo como persona desaparecida. No podemos seguir esperando.

Federico la miró con ojos cansados, sabiendo lo que eso significaba. En esos años bajo la dictadura, denunciar una desaparición ante Carabineros era como gritar al vacío. Las familias llevaban fotos a comisarías, iglesias, plazas; organizaban vigiliassilenciosas con carteles que decían "¿Dónde está mi hijo?"; algunos viajaban a Santiago a tocar puertas del palacio de La Moneda o buscaban ayuda en embajadas extranjeras. Pero la respuesta oficial era siempre la misma: "No hay registro", "Seguramente huyó al extranjero", o peor aún, el silencio absoluto. Muchos terminaban vigilados ellos mismos por insistir.

—Matilde, los carabineros no van a ayudarnos —dijo Federico con voz grave—. Es muy peligroso lidiar con ellos, nos pueden delatar a la CNI. No podemos atraer a esas sombras oscuras, tenemos que cuidar los documentos de tu padre para que el mundo exterior sepa lo que está ocurriendo.

Ella negó con la cabeza, aferrando la foto con más fuerza.

—Entonces, ¿qué? ¿Nos quedamos así? ¿Esperando que las fuerzas oscuras nos olviden, y nos quedamos en el silencio?

Federico suspiró, mirando el gabinete envuelto en una esquina del cuarto.

—¿Qué ocurre, tío?

—No sé... pero algo me dice que el gabinete tiene alguna respuesta. De alguna forma, tú, Matilde, pudiste crear esa misma conexión que Enrique tenía con él.

Matilde se acercó al mueble. Con manos temblorosas, quitó la manta que lo cubría, como quien se desata un pañuelo que le vendaba los ojos desde hace años. La tela cayó al suelo en pliegues pesados, y por primera vez la madera oscura reveló su veta profunda, sus cajones ocultos, como si el mundo entero se aclarara ante su mirada. Ya no había velo entre ella y los secretos.

Abrió uno de los cajones y esta vez se encontraba vacío. Cerró el cajón y abrió un segundo, dentro del cual había otro cajón muy pequeño. Lo abrió lentamente, esperando que tal vez algo mágico ocurriera, pero nada. El gabinete parecía estar dormido.

Cuando ella cerró el pequeño cajón oculto, un tercer cajón se abrió en el costado derecho del mueble —uno que nunca había notado, o tal vez que no se podía ver hasta ese momento. Sintió algo extraño en su bolsillo, como si la fotografía se moviera levemente. Tomó la foto de su padre y su instinto le dijo que debía colocarla dentro del tercer cajón que se había abierto.

Lo cerró.

Entonces, el aire se cargó de electricidad. Otros cajones comenzaron a abrirse y cerrarse en una secuencia rítmica, como engranajes de un reloj antiguo despertando de un sueño centenario. Un humo plateado, frío como niebla de invierno, brotó de las rendijas del suelo y ascendió en espirales lentas hasta el techo, envolviéndolos en un velo translúcido que olía a madera húmeda y pino lejano. El calor del cuarto se volvió gélido de golpe; un viento invisible azotó sus rostros, trayendo ecos de silbidos entre alambradas. La casa del fondo se disolvió en remolinos de humo, y capas de imágenes superpuestas emergieron como fotografías reveladas en una cámara oscura: contornos borrosos de habitaciones pasadas, siluetas fantasmales que se fundían unas con otras, mientras sonidos amortiguados —un crujido de madera, un susurro lejano— llenaban el aire.

En ese momento, Matilde vio su primer eco del pasado.

Su padre estaba frente al gabinete, con ambas manos apoyadas sobre la madera, el rostro frustrado y triste. Se movía en cámara lenta, como fotogramas de una película antigua que se superponían con transparencias de otras escenas: su sombra alargada temblando, fragmentos de conversaciones mudas flotando en el aire. Federico, a su lado, también lo veía todo, con los ojos muy abiertos.

—Esto es lo mismo que ocurría cuando éramos jóvenes —murmuró Federico, con la voz temblorosa—. Este gabinete nos mostraba el pasado...

Las imágenes se aceleraron, fundiéndose unas con otras pero ganando nitidez con cada giro, capa tras capa, hasta que Matilde sintió que el humo ya no era un velo: podía tocarlo, respirarlo, como si ella estuviera realmente allí. Ahora estaban afuera de Colonia Dignidad: alambradas oxidadas serpenteando bajo un cielo plomizo, el viento helado silbando entre pinos altos y oscuros. Enrique hablaba con un hombre de rostro demacrado y asustado —ojos hundidos, cicatrices frescas en las manos—, susurrando frenéticamente sobre "celdas bajo tierra" y "los alemanes que protegen a los militares". El hombre miró nervioso por encima del hombro, como si las propias sombras lo persiguieran, mientras un trueno lejano retumbaba sin lluvia.

De pronto, el humo se contrajo como un pulmón exhalando. Las imágenes se desvanecieron en un parpadeo, el viento cesó, y el calor regresó al cuarto. Volvieron al fondo, jadeantes. La foto de Enrique descansaba intacta en el cajón, pero ahora el gabinete emitía un zumbido bajo, casi un latido, como si acabara de revelar su primer secreto a Matilde.

## **Capítulo 6: Sombras en Londres 38**

A la mañana siguiente, Federico salió temprano rumbo a la oficina donde trabajaba Enrique. Quizás allí alguien pudiera darle una pista. El trayecto le pareció más largo de lo normal; cada esquina le despertaba una sospecha distinta, como si la ciudad entera estuviera observándolo.

Se estacionó lejos, por precaución, y comenzó a caminar hacia la oficina con paso lento, intentando parecer tranquilo. Pero por dentro sentía las manos frías y el pecho apretado.

En ese momento, una voz familiar lo sorprendió.

—¿Federico? ¿Qué haces aquí? —preguntó Soledad, una compañera de trabajo de Enrique.

Ella se acercó a él y lo abrazó con fuerza.

—Busco información sobre mi hermano —dijo Federico en voz baja.

—Pasa, pasa... hablemos adentro.

La oficina era modesta y algo austera, el tipo de lugar donde los periodistas trabajaban largas horas movidos más por convicción que por dinero.

Soledad cerró la puerta y bajó la voz.

—Aún no puedo creer que se hayan llevado a Enrique —dijo con un temblor en la voz—. No hemos sabido nada... y tengo miedo, Federico. Todos aquí tenemos miedo de que vengan por nosotros también.

—Por eso vine —respondió él—, para ver si ustedes tenían alguna noticia o alguna pista.

—Nada —dijo Soledad, negando con la cabeza—. Solo rumores... y silencio. Demasiado silencio.

Federico la miró con insistencia.

—Soledad, ¿dónde se llevan a la gente? Ustedes deben saber algo. Enrique tenía información sobre la Colonia Dignidad.

Soledad tragó saliva, nerviosa.

—No solo de la Colonia Dignidad —dijo al fin—. Enrique tenía información de muchos lugares donde están ocurriendo abusos contra la gente. Sospechamos de varios sitios... Podría estar en Villa Grimaldi; dicen que allí torturan a los detenidos. También se habla de Tres Álamos, Cuatro Álamos, y —bajó la voz aún más— tal vez de Londres 38.

—¿Londres 38? —repitió Federico.

—Sí, la calle Londres número treinta y ocho —explicó ella—. Hemos escuchado que allí han llevado a otros periodistas... pero, Federico, tienes que tener mucho cuidado. No puedes acercarte a esos lugares a preguntar. Es demasiado peligroso.

Federico asintió lentamente.

—Gracias, Soledad. Creo que Londres 38 es el lugar donde debo comenzar.

—Federico, cuídate mucho. Cuídate de las sombras oscuras.

Federico volvió a su auto y condujo directo hacia la calle Londres 38, en Santiago.

No lo sabía, pero alguien lo seguía desde que salió de la oficina de su hermano. En el retrovisor alcanzó a ver fugazmente un auto oscuro que mantenía la misma distancia, vuelta tras vuelta.

Se estacionó a varias cuadras, por precaución, y comenzó a caminar hacia la calle Londres. El pavimento estaba húmedo y brillaba con la luz de la mañana, mientras el agua acumulada junto a los bordes de la calle devolvía reflejos temblorosos.

Al llegar a una esquina, vio a un hombre de aspecto simple, que acababa de tirar una colilla de cigarro al suelo. Federico se le acercó despacio.

—Hola, ¿tienes fósforos? —preguntó, buscando parecer casual.

El hombre sacó una caja de fósforos y se la pasó.

Federico aprovechó para ofrecerle un cigarrillo.

—¿Quieres uno?

—Gracias.

—¿Eres de por aquí? —preguntó Federico.

—Sí, vivo a unas cuadras.

—Mira, ando un poco perdido —dijo él, fingiendo estar relajado—. Quédeme de juntarme con un amigo en la calle Londres.

—Ah, sí. Es un par de cuadras más allá, a la derecha.

—¿Y es cierto eso que dicen... que pasan cosas raras en esa calle?

El hombre lo miró con cautela.

—Mire, compadre... yo no me meto en esas cosas, y no le recomiendo meterse usted tampoco.

—Tranquilo —respondió Federico—, solo preguntaba. Mi amigo me dijo que nos veíamos en Londres... número 38.

El desconocido se tensó, apagó el cigarro con la suela del zapato y dijo entre dientes:

—Mire, a usted no lo conozco. Mejor que se vaya. Gracias por el cigarro.

Se dio media vuelta y desapareció entre los autos.

Federico notó entonces algo extraño. A lo lejos, un hombre permanecía quieto frente al vidrio de un negocio cerrado, mirando en su dirección sin disimular. Un sudor frío le recorrió la espalda. Decidió seguir caminando hacia Londres 38 sin volverse, aumentando un poco el paso.

Al acercarse a la esquina, distinguió a dos hombres plantados frente a la gran puerta de madera. No hablaban, solo observaban. El que lo seguía cruzó la calle y se acercó a ellos; murmuró algo, y los tres giraron a verlo.

La fachada del edificio se alzaba sobria y silenciosa, con sus muros altos y sus ventanas antiguas, como si guardara en el interior una respiración contenida. Federico sintió que cada paso lo acercaba a algo que no debía ver. Siguió caminando, fingiendo calma, pero el aire se le volvió más pesado. Dobló en la primera calle lateral, esperando perderlos.

No se dio cuenta hasta unos segundos después de que había entrado en un callejón sin salida.

Dio media vuelta bruscamente —y una mano lo sujetó con violencia del brazo.

—¿A dónde vas, cabrón? —susurró una voz áspera detrás de él.

Federico giró: era el hombre que lo seguía. En su cinturón brillaba la culata de un arma.

El aire se encogió entre ambos. Federico sintió la sangre zumbándole en los oídos y el corazón golpeándole el pecho. Intentó pensar, pero el miedo se transformó en pura supervivencia.

Empujó al hombre con todas sus fuerzas.

—¡Suéltame! —gritó.

El desconocido lo sujetó de nuevo y le dio un puñetazo en el estómago. El dolor lo dobló. Sin aliento, buscó desesperado con la vista: un muro, una piedra, cualquier salida.

Reuniendo el poco aire que le quedaba, bajó la mirada y pisó con fuerza el pie del agresor. Este soltó una maldición y le soltó el brazo apenas un instante. Federico aprovechó ese segundo y lo empujó otra vez, aún más fuerte.

El suelo húmedo traicionó al hombre: resbaló hacia atrás y cayó pesadamente, golpeándose la cabeza contra el pavimento. El golpe sonó hueco, seco, brutal.

Federico quedó paralizado, jadeando con fuerza. El hombre estaba tirado, quejándose, con un hilo de sangre resbalando por la sien. Federico se acercó apenas un paso, lo

suficiente para ver que respiraba. El miedo se mezcló con la culpa; sus manos temblaban. Luego, sin pensarlo más, echó a correr.

Sus pasos resonaban en las paredes del callejón mientras su respiración se volvía irregular, cortada. El corazón le golpeaba el pecho con violencia.; el eco de sus zancadas se mezclaba con el sonido del agua goteando entre los techos.

Giró otra esquina, luego otra. Cuando finalmente vio una calle más transitada, aflojó el paso, respirando a bocanadas. Esperó un momento, asegurándose de que nadie lo seguía.

Al fin, caminó rápido hacia donde había dejado el auto, encendió el motor con manos temblorosas y tomó el camino de regreso al fundo, con la mirada fija en el retrovisor y la respiración aún acelerada.

## Capítulo 7: Segundo eco

—Tío Federico, ¿pudiste averiguar algo? —preguntó Matilde cuando lo vio llegar afuera de la casa del fundo.

Federico tenía el rostro pálido y una expresión de cansancio en los ojos, como si todavía estuviera atrapado en algo que no terminaba de dejarlo ir.

—La verdad, no pude averiguar mucho —respondió—. Pero una compañera de trabajo de tu papá me dio varios nombres de posibles lugares.

Matilde lo observó con preocupación.

—Tío, ¿estás bien? Te ves enfermo.

Federico respiró hondo antes de contestar.

—Tuve un problema con un hombre del gobierno... tal vez era de la CNI.

—¿Qué pasó?

—Me estaba siguiendo. Trató de arrestarme. Nos peleamos, y cayó al suelo tan fuerte que quedó inconsciente.

—¿Pero cómo? ¿Sabía quién eras?

—No lo sé. Pero traje algo que quizá nos pueda ayudar con el gabinete.

Entonces sacó el arma que pertenecía a su atacante. La había tomado cuando comprobó que seguía respirando.

—¿Una pistola? ¿Para qué? No entiendo.

—No estoy seguro —dijo Federico—, pero quizá esta arma pueda revelar recuerdos del hombre que me atacó.

Le quitó las balas con cuidado y se la entregó a Matilde como si le pasara algo sagrado.

Ella la llevó hasta el gabinete y abrió uno de los cajones. Depositó la pistola dentro y lo cerró suavemente, esperando una reacción.

Durante un instante no ocurrió nada.

Entonces el gabinete comenzó a vibrar.

Los cajones se movieron con un ritmo distinto, más áspero, más violento, como si en su interior despertaran engranajes viejos de metal duro y oxidado. El humo plateado apareció otra vez, pero esta vez era más denso, más oscuro, como una niebla cargada de memoria.

Las imágenes comenzaron a surgir una sobre otra, como fotografías reveladas en una cámara oscura.

Poco a poco, el eco se hizo más claro.

Matilde y Federico vieron al hombre que había seguido a Federico. Estaba en una sala amplia, de baldosas blancas y negras colocadas en diagonal, un piso frío y antiguo que parecía guardar el eco de muchas pisadas. El hombre sostenía el arma y apuntaba a alguien fuera de cuadro, pero la imagen seguía borrosa, temblorosa, como si el recuerdo mismo se negara a mostrarse con claridad.

El humo siguió desplazándose, lento y pesado.

Luego la escena cambió.

Ahora Matilde veía el recuerdo a través de unos ojos vendados, como si ella misma estuviera dentro de ese lugar. Se escuchaba música a todo volumen, y desde los cuartos vecinos llegaban gritos apagados, distantes, sofocados por el ruido. A su alrededor había varias personas arrodilladas, también con los ojos cubiertos, susurrando entre sí con miedo.

La música sonaba demasiado fuerte, quizá para ahogar los gritos de los cuartos vecinos.

Federico caminaba entre ellos, observando el lugar con desesperación, tratando de reconocer algo, cualquier detalle que lo ayudara a entender dónde estaban. Buscaba a Enrique, pero ninguno de los hombres allí era su hermano.

Entonces avanzó junto a Matilde hacia la escalera de donde venían los sonidos. Federico se detuvo un instante, escuchando lo que bajaba desde arriba, mezclado con la música que llenaba la casona.

—Espérame aquí, Matilde —dijo en voz baja, señalando el pie de la escalera—. Será mejor que yo suba solo.

Subió despacio, sintiendo que la casona absorbía el miedo a su paso, como si las paredes guardaran todavía el peso de todo lo que allí había ocurrido.

Llegó hasta el segundo piso y empujó apenas la puerta. Su mano atravesó el marco como si el recuerdo aún no quisiera dejarlo entrar del todo. Del otro lado vio a dos hombres torturando a un hombre mayor.

No era Enrique.

Federico retrocedió, visiblemente afectado por lo que acababa de presenciar. Cuando volvió junto a Matilde, tenía el rostro endurecido por el horror, como si llevara encima el peso de lo visto.

Matilde recorrió el lugar con la mirada. Los papeles sobre la mesa llevaban fechas de 1975, como si alguien acabara de dejarlos allí, y en la pared colgaba un calendario detenido en ese mismo año. Entonces lo entendió: aquel eco no pertenecía al presente.

—No creo que podamos encontrar a mi papá en este lugar —murmuró—. Este eco ocurrió hace años.

Pero el gabinete aún no había terminado.

El humo empezó a moverse con más fuerza, girando en círculos rápidos alrededor de ellos. Las imágenes se deshicieron por completo, y por un instante todo quedó envuelto en una neblina densa y giratoria.

Entonces la escena cambió otra vez.

Esta vez vieron al hombre desde atrás, apuntando la pistola a alguien que estaba en plena calle. El disparo resonó seco, brutal. El tiempo pareció quebrarse en el aire. La bala avanzó despacio, como suspendida, hasta dirigirse hacia su víctima.

Fue entonces cuando Matilde y Federico lo vieron con claridad.

La víctima era un estudiante, vestido con su uniforme escolar.

Antes de que la bala atravesara su cuerpo, el humo se disipó con violencia y ambos regresaron de golpe al fondo.

Matilde quedó inmóvil, sin poder apartar la mirada del gabinete. No podía creer lo que acababa de ver. Ese hombre había asesinado a un estudiante, quizás de su misma edad.

Federico se quedó en silencio, con el rostro endurecido por el horror. El gabinete, ahora quieto, parecía guardar todavía el eco de aquella violencia.

—Matilde... —dijo en voz baja—. Creo que el gabinete no solo muestra un recuerdo. Creo que absorbe las memorias de las personas que están cerca.

## **Capítulo 8: La caja de los recuerdos**

Matilde necesitaba tiempo para procesar todo lo que acababa de ver y también para tratar de entender cómo funcionaba realmente el gabinete. Las imágenes seguían repitiéndose en su cabeza como un eco. Se sentó en el sillón a pensar, pero no lograba concentrarse; los recuerdos no la dejaban en paz.

Federico caminaba nerviosamente por la sala, sumido también en sus pensamientos. Luego fue a la cocina a calentar agua en una tetera. Matilde se quedó observándolo hasta que el sonido del agua hirviendo lo sacó del trance en el que parecía perdido.

Federico volvió con dos tazas de té y le pasó una a Matilde. Ella no bebió; solo sostuvo la taza entre las manos para sentir el calor. Cerca de su rostro, el vapor del té le hizo recordar otra vez el comienzo de los ecos.

Federico revisó algunos de los libros que tenía en la sala y luego tomó una caja que estaba en la parte baja de su librero. La puso sobre la mesa de centro y comenzó a sacar cuadernos y álbumes de fotos.

—¿Y eso? —preguntó Matilde.

—Son algunas cosas de tu papá —respondió Federico.

Matilde se acercó y se sentó junto a su tío.

—Son libretas y fotos de España.

Federico le mostró varias fotografías de un país que Matilde no conocía. En una de ellas, Enrique aparecía muy joven, en la playa, durante unas vacaciones.

—Tu papá no volvió por la dictadura de Franco —dijo Federico.

—¿Crees que algún día podamos ir a España con mi papá? —preguntó Matilde.

Federico guardó silencio por un momento.

—Eso espero.

Matilde hojeó una libreta negra de su papá, llena de apuntes, direcciones y fotografías de personas que no conocía. Entre las páginas encontró una foto de un muchacho joven, de casi su misma edad.

—¿Y él quién es?

—No estoy seguro —dijo Federico—. Su cara me parece conocida. Creo que tu papá estaba investigando algo sobre él.

—¿Y si ponemos su foto en el gabinete?

Federico negó suavemente con la cabeza.

—Tal vez mañana. Lo de hoy fue más que suficiente, y tú necesitas descansar.

A Matilde le quedó una extraña curiosidad por saber quién era el muchacho. Esa noche pensó mucho en una teoría: tal vez ellos podrían controlar los ecos de alguna forma, y saltar de la memoria de una persona a la de otra que estuviera en el mismo lugar. Todavía no sabía cómo, pero esperaba que en la mañana todo le pareciera más claro.

## **Capítulo 9: La voz de la sangre, tercer eco**

Clara les había preparado el desayuno cuando Matilde bajó a la cocina. Ella acababa de volver de la casa de su madre y no sabía que ellos seguían exhaustos después del último eco.

Matilde dejó la fotografía del estudiante sobre la mesa.

—¿Y él quién es? —preguntó Clara, tomándola entre los dedos.

—No lo sé, tía —respondió Matilde en voz baja—, pero creo que el gabinete puede decírnoslo.

—Bueno, primero tienes que comer algo.

Matilde sacó la fotografía de su padre y la colocó junto a la del estudiante, tratando de entender por qué esa imagen había terminado entre las cosas de su padre.

Miró por la ventana. El sol comenzaba a calentar la tierra mojada del campo, y por un instante pareció perderse en sus pensamientos. Clara se acercó a ella con ternura, le acarició el cabello y le besó la frente.

—Mi niña, siento mucho lo que está pasando —le dijo en voz baja.

Matilde no respondió. Pasó el resto del desayuno en silencio.

No mucho después, Federico apareció en la cocina. Matilde se incorporó de inmediato al verlo.

—¿Podemos preguntarle al gabinete sobre esta fotografía? —dijo, levantándola apenas de la mesa.

Clara los miró a ambos con desconcierto.

—¿A qué se refieren con “preguntarle al gabinete”?

Federico intercambió una mirada con Matilde antes de responder.

—Es mejor que te lo mostremos.

Los tres caminaron hasta el gabinete. Matilde sostuvo la fotografía del estudiante por un momento, como si quisiera asegurarse de que todavía seguía siendo solo papel y no memoria. Luego abrió uno de los cajones y la dejó dentro.

El gabinete comenzó a vibrar con fuerza.

Un humo plateado llenó la habitación. Clara dio un paso atrás, asustada, pero Federico le tomó la mano.

—No pasa nada. Tranquila.

Los cajones se movieron solos. Las imágenes comenzaron a abrirse ante ellos.

De pronto se encontraban en la Universidad Complutense, en pleno barrio de Ciudad Universitaria, en España. Matilde reconoció enseguida que no estaban en Chile. En lo

alto de un muro vio una bandera española, y eso bastó para entender que aquel eco venía de otro país.

Los estudiantes corrían por las calles de Moncloa. Se escuchaban los gritos de los jóvenes, el golpe seco de las botas de los grises sobre el asfalto y el estallido del gas lacrimógeno llenando el aire. Matilde sintió que el humo le raspaba la garganta, como si el recuerdo también quisiera ahogarla a ella.

Entre la multitud, las pancartas se alzaban por encima de las cabezas. En una de ellas se leía: **Franco asesino.**

La imagen cambió otra vez. Ahora los grises avanzaban en formación cerrada contra los estudiantes, empujándolos con bastones policiales y escudos. El ruido de las botas sobre el pavimento se mezclaba con los gritos y con el silbido del gas en el aire.

Matilde caminó entre la multitud como si el recuerdo pudiera arrastrarla con ellos. Buscó desesperadamente al muchacho de la fotografía hasta que lo vio.

Estaba allí, entre otros estudiantes, intentando mantenerse de pie en medio del tumulto. A diferencia de la imagen en blanco y negro, este eco estaba lleno de color. Los tonos eran intensos, violentos, casi demasiado vivos. El muchacho llevaba en la solapa una pequeña flor, como si quisiera conservar una idea de paz en medio del caos.

Entonces uno de los policías levantó el arma y disparó al aire, quizá para dispersar a la multitud. Se escucharon más disparos, uno tras otro, y el estudiante quedó aislado por un instante, separado de los demás.

El humo plateado empezó a tornarse rojo.

Como si la propia memoria comenzara a sangrar.

La protesta fue apagándose poco a poco hasta quedar reducida a un murmullo lejano. Entonces se oyó una voz distante, casi fantasmal:

—La voz de la sangre clama desde la tierra.

Matilde, Federico y Clara la escucharon en silencio, como si viniera de muy lejos y al mismo tiempo desde el interior del gabinete.

El humo rojo comenzó a disiparse. La imagen del estudiante se desvaneció hasta desaparecer por completo.

Pero el gabinete no había terminado.

Siguió vibrando. Después, uno de sus cajones se abrió solo, revelando un compartimento oculto.

Matilde se acercó despacio, todavía envuelta en los restos del humo rojo. Dentro encontró otra fotografía del estudiante y, debajo de ella, varios documentos cuidadosamente guardados, todos relacionados con su muerte.

Matilde se quedó inmóvil.

El muchacho se llamaba Miguel. Había muerto en 1968, durante una protesta estudiantil.

No podía creer que hubiera visto en España la muerte de otro estudiante, casi igual a la del joven chileno que había aparecido en el eco anterior.

Entre los papeles había una nota muy antigua, escrita con una letra que no era la de su padre. Matilde la tomó con cuidado y leyó:

### **La herencia de Caín**

*“La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra.”*

#### **Génesis 4:10**

La herencia de Caín se ha filtrado en nuestra sociedad como una sombra antigua que nunca termina de irse. Creemos habitar un mundo moderno, pero la pérdida de empatía hacia el prójimo revela que esta violencia nos acompaña desde el principio de la historia humana.

¿Cómo puede un ser humano alzar la mano contra otro con tanta facilidad? ¿Cómo llega a matar, a torturar, a destruir a quien comparte su misma tierra? Tal vez esa crueldad sea parte de una herencia más vieja que nosotros. Tal vez también sea algo aprendido, alimentado por el miedo, la obediencia y las ideologías extremas.

Las ideas llevadas al límite separan a los hombres, los enfrentan y los vuelven enemigos. Dividen una misma patria hasta romperla en fragmentos. Y entonces la vieja marca de Caín reaparece: hombres que levantan un arma contra su hermano, contra su vecino, contra alguien de su misma nación.

—La voz de la sangre clama desde la tierra —leyó Matilde en silencio, comprendiendo que esa frase pedía justicia por los asesinados.

La nota solo estaba firmada con dos iniciales: **Y.D.**

Matilde levantó la vista, con el corazón golpeándole el pecho.

Esa nota era una advertencia. Una forma de decirle que las dictaduras convierten a las personas en hermanos enfrentados. Pero también era una llamada a actuar, a no dejar que esa sangre inocente siguiera repitiéndose en la historia.